

Un extraordinario hombre de ciencia fué el Dr. Antonio Battro, el ilustre hijo de Mercedes recientemente fallecido

Con motivo del fallecimiento de nuestro ilustre connazareño el Dr. Antonio Battro, «La Nación» de Buenos Aires, publicó la siguiente nota necrológica, que hemos creído oportuno transcribir porque en Mercedes son pocos las personas que conocen la obra realizada por este sabio, gran cardiólogo, médico de excepción y clínico eximio.

Un gran doctor, un extraordinario médico, en la plenitud ascendente de su carrera y de su ciencia, un joven maestro, a los 46 años, desparece con el Dr. Antonio Battro, que ayer murió repentinamente de la misma enfermedad que su mente enfermaba de la que salvó y prolongó tantas vidas, con infatigable solicitud, con sentido práctico, con método seguro, en su fundente dedicación consagrada a la ciencia. — Era clínico eximio, clínicamente el diabólico, fulgurante en la práctica. — Todas sus enseñanzas, sus funciones de supervisor universitario, las relaciones de la mente sensible y así actuaba, en su clínica, una escena de anteriores generaciones, que, quinientos veinte años, vivieron que él, con los que se desempeña en igual nivel, y a veces hasta supera, con la mayor naturalidad, con un aplomo tranquilo y una paciencia breve, que surgían de la fibra de su convicción, pero sin darle importancia, sin mostrárselas que se imponía como el discípulo que tiene el buen gusto, la gratitud y la discreción de disimular que avanza y corrige al maestro. — Era y lo es todo: médico de excepción en todas las etapas de su carrera, desde los iniciales hasta su repentina desaparición. — Siendo estudiante ocupó varios cargos importantes guardados, por concurso en los cursos de su tesis, ya descriptiva ya topográfica, tema de la ciencia que iba a servirle luego para su extraordinaria precisión clínica, que desempeñó con la utilidad de las ramas de un árbol y se recibió de médico con uno de los más altos premios y diploma de honor. — Ya graduado, nació le costó abrirla escuela, porque había sido notado

termos inacutables.

Sus libros, folletos y artículos más importantes, honor de las más célebres revistas científicas del país, y que publicaba, sin interrupciones, en otras, las más exigentes publicaciones científicas extranjeras, suman alrededor de ciento cincuenta, y entre ellos son las más importantes «Las arterias en el corazón», donde vulcan su experiencia sobre el asunto; «Género problemático de los trastornos en el sistema circulatorio», ya expresado más sencillamente; «Un trabajo agotador, estudio de orden semiológico, obra con poco frecuente amplitud, el tema ya desarrollado en su sentido práctico de las aplicaciones posibles que constituye siempre una característica, que si tecnicamente de los maestros más famosos inalcanzablemente coleros, y «Sindrome de oculto corazón», donde alcanza considerable profundidad en un terreno de difícil diagnóstico y más difícil sistematización. Contienen hasta su interior los asesores en sus cargos docentes y hospitalarios, que no desfallecen ni demoran su juventud. — El más numeroso antigüedad, porque ya hacia años que estaba impuesto por la chispa del talento, de la congojación, de

la incideencia científica.

Después de muy útiles labores de organización hospitalaria, y de ser nombrado, en 1937, secretario de la Sociedad Argentina de Cardiología, actuó con personalidad en el Congreso Panamericano de Endocrinología de Montevideo, en 1940; en 1941 fue secretario general de las Jornadas de Asistencia Social del Cardíaco, y jefe de investigación cardiológica de la Academia Nacional de Medicina.

Había escalado todos los peldaños científicos de su generación, y aún superiores a su generación, y la muerte lo sorprendió cuando los más altos, a los que llamábamos, sin dudas y sin objeciones, se presentaban abiertos y firmes, a plenas defluyencias, en su condición, su personalidad de joven sabio, que se había adelantado a su edad, como muestra que germinó, antes de su estación, en más fructífera, más trabajada, y, por eso, antes destinado a su agotamiento.

Así fue el derrero genérico de su vida y su día cada uno que la entregase ni regatear el momento de su labor. Era — mismo angusto genio con que arreglaba su vida— un extraño hermano de ciencia; un aspecto juvenil que dura hasta su muerte; su capacidad y su importancia. Los extremos de su profesión y de su actividad dieron el bien a mucha gente con naturalidad, consuelo, como cumpliendo una misión cristiana, con palabras que era bálsamo para sus enfermos, con una expresión que fechó línea de targos

científicas, que realizaba por las noches, en horas robadas al sueño, para escuchar, con el más breve descanso, su Jardín matinal.

El Dr. Battro era no sólo un gran cardiólogo, eminente, reconocido y citado y un gran clínico, actividad que nunca dejó, sino también un extraordinario ejemplo de hombre, el más compásico exponente del médico humano — con hoguera económica, sin haber demostrado interés encauz, siquiera lo contrario, no descansaba ni culibata su salud, no olvidaba su trabajo, porque consideraba que no debía desentender a sus enfermos y escasamente, supremo ideal del hombre de ciencia, no dejaba tampoco estar el margen de los últimos conocimientos científicos. Toda mucha de apostólica su profesión iluminada por su religión y son incontables los enfermos a los que no sólo atendió sino que les costó su asistencia y sus medicamentos. Rangos de los hombres de excepción, de los sabios son tenido humano, que sólo los más allegados conocen y ellos ocultan con respeto. Una memoria ágil, un extraño hermano de ciencia; un aspecto juvenil que dura hasta su muerte; su capacidad y su importancia. Los extremos de su profesión y de su actividad dieron el bien a mucha gente con naturalidad, consuelo, como cumpliendo una misión cristiana, con palabras que era bálsamo para sus enfermos, con una expresión que fechó línea de targos con palabrinillas y sonrisas luminosas de arcángel.

como estudiante excepcional.

La pasada noche es que el mismo año en que se recibió, en 1926, ya lo incorporado a la clínica del profesor Mariano R. Casaux, quien lo trató desde entonces y con muyas razones con posterioridad entre sus más valiosos, más conscientes y más masacrados colaboradores — y hoy a su lado lo tuvo siempre, y siempre se expuso de él.

Siguió ascendiendo rápidamente y los premios, como los medallas, le fueron garantías. — Obtuvo muy pocas después de recibido el premio Doctor Luis Gómez en 1938, que volvió a consagrarse en 1938, y en logró el Nacional de Ciencias.

Tales distinciones no eran meras reconmeñanzas honoríficas. — Brinó la consagración de lo que investigaba de lo que renovaba de sus penetrantes y segaces puertas de vista; de lo que, en laboriosa y paciente registración, sus trabajos representan los más importantes centros científicos del extranjero; como lo prueba que en 1937 fue nombrado miembro correspondiente de la Sociedad Francesa de Cardiología y antes lo había sido con motivo de su vida y su brillante actuación en un congreso universal celebrado, miembro honorario de la Sociedad Médica de Santiago de Chile.

Realizó una larga continua labor docente en cátedras y en salas hospitalarias; día en que recibió su título hasta el de maestro y sus clases eran ensanchadas y comentadas por sus discípulos por sus escritos por los méritos de su generación que actuaron juntos a él; además de su bagaje científico como un modelo de exposición de estilo idiomático y de los gustos con el brillante metido de su voz que persuadía hasta a sus co-

Falleció ayer en esta capital

Un grande, un extraordinario médico, en la plenitud ascendente de su carrera y de su ciencia, un joven maestro, a los 46 años, desaparece con el Dr. Antonio Battro, que ayer murió repentinamente, de la misma inesperada y rara enfermedad de la que salvó o prolongó tantas vidas, con infatigable solicitud, con sentido preciso, con método seguro, en su fecunda actuación consagrada a la ciencia. Era clínico eximio, clarividente en el diagnóstico, infalible en la práctica. Todas esas virtudes, esas funciones de superior categoría, las realizaba con la mayor sencillez, y así actuaba, junto a los clínicos más eminentes de anteriores generaciones, diez, quince, veinte años mayores que él, con los que se desempeñaba en igual nivel, y a veces hasta imponía su criterio que nunca vacilaba, con la mayor naturalidad, con un aplomo tranquilo y una palabra breve, que surgían de la firmeza de su convicción, pero sin darle importancia, sin mostrarse que se imponía, como el discípulo que tiene el buen gusto, la gratitud y la discreción de disimular que aventaja y corrige al maestro. Era y fué un médico de excepción en todas las etapas de su carrera, desde los iniciales hasta los más avanzados. Alumno estudiante ocupó varios cargos importantes ganados por concurso en los cursos de anatomía, ya descriptiva, ya topográfica, rama de la ciencia que iba a servirle luego para su extraordinaria precisión clínica, que desmenuzó con la sutileza de las ramas de un árbol, y se recibió de médico con uno de los más altos promedios y diploma de honor. Ya graduado, nada le costó abrirse camino, porque había sido notado como estudiante excepcional. La prueba de ello es que el mismo año en que se recibió, en 1926, ya fué incorporado a la clínica del profesor Mariano R. Castex, quien lo contó desde entonces, y con mayor razón con posterioridad, entre sus más valiosos, sus más conscientes y sus más lúcidos colaboradores. Así, a su lado lo tuvo siempre, y así siempre se expresó de él. Siguió ascendiendo rápidamente, y los premios, como los merecía, le fueron generosos. Obtuvo muy poco después de recibido el premio Doctor Luis Gómez, en 1929, que volvió a otorgárselo en 1938, y en 1930, el Nacional de Ciencias. Tales distinciones no eran meros reconocimientos honoríficos. Eran la consagración de lo que investigaba, de lo que renovaba, de sus penetrantes y sagaces puntos de vista; de lo que su labor y lo que ella registraban en sus trabajos, repercutía en los más importantes centros científicos del extranjero, como lo prueba que en 1937 fué nombrado miembro correspondiente de la Sociedad Francesa de Cardiología, y antes lo había sido, con motivo de su vida y su brillante actuación en un congreso allí realizado, miembro honorario de la Sociedad Médica de Santiago de Chile. Realizó una larga, continua labor docente, en cátedras y en salas de hospital, desde el día en que recibió su título, hasta el de su muerte, y sus clases eran escuchadas y comentadas por sus discípulos, por sus maestros, por los médicos de su generación que actuaban junto a él, además de su bagaje científico, como un modelo de exposición, de estilo técnico y de lenguaje, con el brillante metal de su voz, que persuadía hasta a sus enfermos incurables. Sus libros, folletos y artículos más importantes, honor de las más serias revistas científicas del país, y que publicaban, ya integros, ya en citas, las más exigentes publicaciones científicas extranjeras, suman alrededor de cien-

to cincuenta, y entre ellos son los más importantes "Las arritmias en clínica", donde vuelve su experiencia sobre el nunca agotado problema de los trastornos en el ritmo circulatorio, ya expresado más sucintamente en un trabajo anterior, estudio de orden semiológico, abarcó con poco frecuente amplitud, el tema, y lo desarrolla con un sentido práctico de las aplicaciones posibles, que constituyeron siempre su característica, con el reconocimiento de sus maestros y la fe inconmovible de sus enfermos, y "Síndrome de oclusión coronaria", donde alcanzó sorprendente profundidad en un fenómeno de difícil diagnóstico y más difícil sistematización. Continuó hasta su muerte los ascensos en sus cargos docentes y hospitalarios, que no detienen ni demoran su juventud, ni su menor antigüedad, porque ya hacia años que estaba impuesto por la chispa del talento, de la consagración, de la lucidez científica. Después de muy útiles labores de organización hospitalaria, y de ser nombrado, en 1937, secretario de la Sociedad Argentina de Cardiología, actuó con personalidad en el Comité Argentino del II Congreso Panamericano de Endocrinología de Montevideo, en 1940; en 1941 fué secretario general de las Jornadas de Asistencia Social del Cardiaco, y jefe de investigación cardiológica de la Academia Nacional de Medicina. Había escalado todos los peldaños científicos de su generación, y aun superiores a su generación, y la muerte lo sorprende cuando los más altos, a los que iba seguro, sin discusiones y sin obstáculos, se le presentaban abiertos y firmes, a plasmar definitivamente, en la madurez, su personalidad de joven sabio, que se había adelantado a su edad, como silencio que germina antes de la estación, porque es más fructífera, más trabajada, y, por eso, antes de tiempo se agota.

Así fué el derroche generoso de su vida y así él lo sabía y no quería entregarla, ni regatear un minuto de su labor. Esta misma angustia generosa con que seguía, vigilaba, comprendía y prolongaba en todo lo posible las palpitaciones de los corazones ajenos, sabía que trepidaba en su propio corazón. Pero seguía impertérito, sin darse a entender a nadie, firme en su brecha de hospital, de visitas a enfermos, de estudio de los más recientes tratados y los últimos ejemplares de las revistas científicas, que realizaba por las noches, en horas robadas al sueño, para reanudar, con el más breve descanso, su jornada matinal. El Dr. Battro era, no sólo un gran cardiólogo, eminentemente reconocido y citado, y un gran clínico, actividad que nunca dejó, sino también un extraordinario ejemplar de hombre, el más compasivo exponente del médico humano. Con holgura económica, sin haber demostrado interés nunca, sino todo lo contrario, no descansaba, no cuidaba su salud, no disminuía su trabajo, porque consideraba que no debía desatender a sus enfermos, y acaso también, supremo ideal del hombre de ciencia, no debía tampoco estar al margen de los últimos conocimientos científicos. Tenía mucho de apostólico en su profesión, iluminada por su religión, y son incontables los enfermos a los que, no sólo atendió, sino que les costó su asistencia y sus medicamentos. Rasgos de los hombres de excepción, de los sabios con sentido humano, que sólo los más allegados conocen, y ellos ocultan con rubor. Era un gran médico, un extraordinario hombre de ciencia; un aspecto juvenil que ocultaba pudorosamente su capacidad y su importancia. Por encima de su profesión y de su sabiduría, derramó el bien a manos llenas, con naturalidad, con halago, como cumpliendo una misión cristiana, con palabras que era bálsamo para sus enfermos, con una expresión que tenía fineza de rasgos y sonrisa luminosa de arcángel.

DIÓSE NUEVO DESTINO AL EMBAJADOR ARGENTINO EN URUGUAY, Dr. G. MARTÍNEZ

En el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto se informó ayer que ha sido fijado nuevo destino al actual embajador en el Uruguay, doctor Gregorio Nicolás F. Martínez, quien se hará cargo de la representación diplomática del país en la República Dominicana.

Conforme se informó en su oportunidad, la embajada argentina en Ciudad Trujillo se halla a cargo del Sr. Eleodoro A. Vieyra, quien actúa como encargado de negocios interino, debido a la ausencia del jefe de la misión, Dr. Oscar Hasperue Becerra, que viajó a Buenos Aires a fines de octubre último.